

PRECIO:

5 Centavos

Valores y giros a M. Torrente

Redac. y Administración: Perú 1537

Unión Telefónica: 0478 B. Orden

FORTE
PAGO

La tragedia del carbón

La tragedia del pueblo inglés es la tragedia del carbón. Sólo así se explica que los jefes laboristas hayan aprobado el pasado año por las Trade Unions, que si no constituía un peligro inmediato para el imperio, podría en cambio preparar el terreno para futuras contiendas revolucionarias. Y tiene también su explicación el hecho de que el gobierno, aun contando con el advenimiento del orden, haya pretendido explotar la huelga general en el sentido de afrontarla con los procedimientos extremos propios de las situaciones de emergencia.

No fué la huelga en sí, por su extensión a otras industrias, como acto de solidaridad con los mineros, lo que dió al capitalismo inglés la sensación del peligro. Dentro de las posibilidades de reconciliación que ofrece el trade-unismo, con la ayuda de los jefes laboristas y contando con la rígida disciplina de la clase trabajadora, el gobierno puede hacer frente a cualquier conflicto económico. Pero, ¿qué recursos se pueden emplear, al menos en la forma penitencia que exige la crisis actual, para dar vida a una industria en bancarrota?

Es la tragedia del carbón la que ensombrece el ciclo del imperio británico. La industria madre de Inglaterra está en quiebra. El poder del capitalismo se resiente con la irremediable parálisis del titán hullaero. Se apaga la fragua de Vulcano y los peñascos de Albión quedan fríos, desiertos, sin vida. ¿De qué sirve la poderosa máquina industrial, si el "pan negro" no se utiliza ya para alimentar las calderas de vapor, para producir energía, para mover al monstruo de hierro que oprime con sus tentáculos a la humanidad toda?

Gran Bretaña fué poderosa porque ejerció durante cien años una absoluta tutela sobre la vida industrial de los pueblos. Tenía el carbón; monopolizaba los ferrocarriles y con ellos la llave de las comunicaciones estaba en sus manos. ¿Y ahora? El petróleo suplanta a la hulla, la fuerza hidráulica se aplica a las industrias, la electricidad revoluciona todos los medios de comunicación y transporte. Y comienza la tragedia para el proletariado inglés.

Un millón y medio de desocupados esperan vanamente, ocupación en la rica Inglaterra; otro millón y medio de obreros mineros están condenados al hambre por la parálisis progresiva de esa industria en bancarrota. Gran Bretaña es un país industrial. Desde hace muchas generaciones los trabajadores perdieron su amor a la tierra, sus primitivos hábitos campesinos, sufren la atracción de la ciudad parásita de Y, sin agricultura, los orgullosos Albión pasa a depender de sus colonias, de los países ganaderos y trigueros, que conquistaba hasta ahora con su carbón y con su quimica. ¿Qué hacer frente al avance del petróleo y de los salos de agua, y a la competencia desventajosa de las manufacturas alemanas y norteamericanas? He ahí el problema terrible que no podrá solucionar los arreglos amistosos del laborismo, la pasividad del proletariado y la política proteccionista del gobierno.

La sensación de esa tragedia estremeció de espanto al capitalismo inglés durante los breves días de huelga general. Ahora se ha firmado una tregua en esa inevitable lucha contra la amenaza del hambre. Pero queda en pie el problema carbonero. ¿Cómo evitar la bancarrota de una industria que pierde día a día el mercado consumidor? ¿Cómo sostener a millón y medio de obreros que producen para los depósitos de compañías al borde de la ruina? ¿A quién vender el "pan negro" para que se transforme en "pan blanco"? La solución es imposible dentro de las posibilidades financieras de Gran Bretaña, pues no es una acertada política económica subvencionar una industria que trabaja a pura pérdida.

Si fué relativamente fácil contar con el apoyo de los jefes laboristas para poner fin a la huelga general, la misma facilidad no la encontrará el gobierno para dar una solución racional al con-

flicto carbonero. Puede ser alejado el peligro inmediato volviendo a la subvención a los dueños de minas. Mas el conflicto surgirá de nuevo y con mayor gravedad. Para mantener el "status quo" minero, el Estado debió desembolsar 20 millones de libras esterlinas, que se cargarán a los consumidores para equilibrar el presupuesto. Volver de nuevo a ese sistema, significa el desequilibrio financiero, que al repercutir en la vida general de Inglaterra planteará en las demás industrias el problema planteado en la del carbón.

Poco antes de la huelga general, cuando con la expiración de las subvenciones se aproximaba la amenaza del conflicto minero, una revista inglesa planteó claramente el pavoroso problema de esa crisis que amenaza la existencia misma del imperio británico. Sobre las perspectivas de la inevitable lucha en el terreno industrial, el articulista debaraba lo siguiente:

"Hasta cierto punto, es una suerte que la atención del público haya sido atraída sobre este asunto por los procedimientos del gobierno, que con razón o sin ella dió el paso sin precedente de otorgar a la industria privada amplias sumas de los dineros públicos — 20 millones de libras esterlinas — a fines de abril — para ayudarla a pagar los salarios a sus obreros. Es evidente que nos acercamos al momento en que, a pesar de todas las comisiones reales, ya nos será imposible eludir, no sólo el estudio de la situación de la industria minera, sino de las causas generales del malestar que reina.

"La situación es complicada en extremo, pero para expresar la verdad en pocas palabras, frente a los que nos hacen competencia en el comercio sufrimos principalmente de nuestra falta de comprensión ante la transformación que ha experimentado y sigue experimentando el mundo entero en sus manifestaciones industriales y otras, de nuestro fracaso en el empleo de los métodos más científicos, y de una seria deficiencia del instinto cooperativo en la industria.

La rutina industrial inglesa se refiere al empleo exclusivo del carbón a las diferentes aplicaciones industriales — la fuerza, el calor y la luz principal — hecho que está fuertemente ligado a la naturaleza del industrialismo británico, que creció con el descubrimiento del vapor y su ascensión progresiva durante casi un siglo. He aquí en los términos que plantea la cuestión la revista de referencia:

"Durante más de un siglo se ha inculcado en Gran Bretaña el principio general de que la única fuente sería para la generación de la fuerza era el carbón bruto, y de que ella podía suministrarse al mundo la mayor parte de los artículos manufacturados y de carbón. Este concepto, para su consumo, realizando hermosos beneficios, y permitiendo al país pagar con el producto los alimentos que no produce. Por consiguiente, la vida nacional de Inglaterra todavía está organizada principalmente sobre la idea de que su marítima mercante, suercando todos los mares, proveerá al país de alimentos y de materias primas procedentes de todas las partes del mundo, y de que la cámara de los comunes, limitándose a controlar las finanzas nacionales, no interpondrá en las relaciones comerciales."

El articulista agrega:

"La base de la vida industrial británica que hoy todavía predomina, aun en esta época de trusts y de combinaciones, por cierto muy lejana de la verdadera idea cooperativa, es principalmente la del individualismo extremo con el mínimo método científico y el desperdicio de una gran parte del genio nacional disponible. Se ha establecido, por ejemplo, que en la industria del carbón solamente hay alrededor de 1.500 directores. Aun haciendo abstracción de las enseñanzas de la guerra, los últimos años han demostrado a cualquiera que piense un poco en ello, que esos principios, cómodos para algunos, pero delezables, injustos y anticientíficos, no pueden seguir aplicándose mucho tiempo. Aparte de la crisis del car-

bón, hay otros indicios evidentes de que mientras pagamos 300 millones de libras esterlinas a los países extranjeros por la adquisición de alimentos que en gran parte podrían ser cultivados en nuestro país, éste queda prácticamente sin cultivar, tenemos 1.250.000 hombres desocupados y desmoralizados y aumentado el número de los ciudadanos británicos que desean abandonar a su país nativo para hacerse súbditos norteamericanos."

He ahí la tragedia del pueblo inglés. No hay mercedo para el carbón: el "pan negro" no se transforma en "pan blanco", y más de dos millones de trabajadores están expuestos a perecer de hambre si no buscan en otros países los alimentos que les niegan los negros peñascos de Albión.

La tragedia del pueblo inglés es la tragedia del carbón: del pan de piedra.

FASCISMO Y LUCHA DE CLASES

Las cataplasmas de Mussolini

Informa un telegrama de Roma que fué aprobada por el consejo de ministros la reorganización del último parto de la dictadura fascista. Se trata del proyecto de sindicalización confeccionado por Mussolini y los dirigentes de las uniones obreras oficiales y que, en su carácter de "ley de Estado", contiene las nuevas disposiciones de carácter "jurídico" en cuanto se refiere al funcionamiento de los tribunales del trabajo.

En virtud de esta nueva ley, todas las controversias entre el capital y el trabajo, deberán ser sometidas a los tribunales del trabajo. El primer artículo de la ley menciona que establece que "bajo ningún concepto se admitirá, en caso de producirse una controversia, la interrupción del trabajo, ni otras duras las controversias o mientras esté pendiente la decisión del tribunal."

Por consiguiente, según los términos de la sindicalización obligatoria, a partir de la fecha quedan completamente eliminados las huelgas y los lock-outs.

Este bodrio jurídico (desterrará de Italia las luchas de clase) el fascismo pretende conciliar, con una estrecha noción del Estado soberano y juez, los intereses de los que trabajan y de los que viven en la holganza, de los que mueren de hambre y de los que comen hasta reventar. Pero los hechos demuestran que su elocuencia, al historiar la unidad, que se ha convertido en una ley arbitraria del imperio de las nebulosidades, motor de la historia.

SOBRE LA HUELGA INGLESA

Contra lo que daban a entender las informaciones telegráficas, "La Vanguardia" y los diarios obreristas sostenían que la huelga general inglesa había terminado con una victoria para los obreros. Pero los hechos que ganan los Pirros del laborismo y del trade-unismo, son puramente imaginarios, transformándose por ello en derrotas para los que sólo tienen para servir de carne de cañón.

Los obreros ingleses acaban de recibir una dolorosa lección. Los victoriosos por los jefes de las Trade Unions se ha transformado en humillante derrota. Se dice ahora que, materialmente, la situación sigue siendo la misma; y, en la opinión de M. A. J. Cook, secretario de la Federación Minera, la única diferencia que hay por el momento es que la huelga general se ha trocado en un "lock-out" general, pues el gobierno sigue fiscalizando la provisión de combustibles y los servicios públicos. Hyde Park y otros grandes parques públicos siguen utilizándose como depósitos del gobierno, y el Ministerio del Interior ha anunciado que el Estado mantendrá los servicios de la Guardia Civil de Seguridad, especialmente organizada con motivo de la huelga.

De esa situación da cuenta también el siguiente comentario de un correspondiente londinense:

"Los habitantes de Londres y de la Gran Bretaña tuvieron que enterarse hoy, con una sensación indescriptible de perplejidad, de que la huelga general no ha terminado. Surgieron dificultades relacionadas con la reanudación del trabajo, provocadas en parte por el descontento con que muchos obreros recibieron la notificación de la cesación de la huelga, y en parte también por la actitud de ciertas grandes empresas que pensaban aprovechar la terminación del paro, que según ellos, representaba una rendición incondicional de los obreros, para imponer a éstos nuevas condiciones antes de admitirlos nuevamente en sus talleres. Hemos visto que algunas empresas ferroviarias y otros establecimientos habían concebido el propósito de reducir los salarios, pero esta información fué desmentida en el acto.

De todos modos, los obreros ferroviarios y de transportes recibieron de alguna parte la orden de permanecer en paro hasta nuevas resoluciones. La huelga de los mineros continúa, y la mayoría de los días se publican en condiciones muy precarias, debido

a las divergencias que han surgido entre el personal técnico."

La medida de la gravedad del conflicto que planteó la orden de suspensión de la huelga general, la ofrece el mismo gobierno. Interpelado por los laboristas en la Cámara de los Comunes, Mr. Baldwin admitió que el problema de volver a conceder trabajo a los obreros que se declararon en huelga, sin cometer una injusticia con aquellos que ayudaron a la Nación en el momento de peligro, constituía un verdadero problema de Estado, pero se puso de manifiesto la necesidad urgente de restablecer la producción industrial en beneficio del país."

¿Qué significa esa protección oficial al "carneaje"? Que la huelga general fué un fracaso, por culpa de los traidores que ocupan de jefes del partido laborista y de las Trade Unions.

En la Cámara de los Comunes Mr. MacDonald se lamentó del resentimiento que hay contra los obreros, que según él, ha sido causa de que volvieran a abandonar el trabajo gran número de asalariados. Y Mr. Thomas, uniéndose sus lamentos al jefe laborista, pidió al gobierno que mantuviera su actitud conciliadora a fin de evitar futuras perturbaciones...

La huelga general terminó oficialmente por el decreto del congreso de las Trade Unions. Pero ahora los patronos y el gobierno tratan de prolongarla para dar el golpe definitivo al paralizante movimiento obrero de Gran Bretaña.

No hay duda que, como aconseja "La Vanguardia", tenemos mucho que aprender de los métodos de lucha de los jefes laboristas y trade-unistas ingleses.

HAY REVOLUCION EN POLONIA

¿Una dictadura más?

El mariscal Pilsudski, ex presidente de la república polaca y favorito de la burguesía francesa, lanzó sobre Varsovia la carga de matadores de los cuarteles. Desembarazado por el trazo que le da el gobierno y desearo presentarse en escena como el salvador de su pueblo, ese militar dió un carateo y se apodó de la capital después de algunos escaramuzas con las tropas leales.

Seguro de que teniendo en sus manos la sede del gobierno dominaría al país, que no parece favorable a sus ambiciones, el mariscal Pilsudski confeccionó un programa de dictadura militar. Las condiciones para las que ofreció por el jefe del cuartelazo, son las siguientes:

"Primera. — Renuncia del gabinete Witos.

"Segunda. — Designación de un nuevo gabinete, con Pilsudski como primer ministro.

"Tercera. — Disolución del "Sejm" (parlamento) y suspensión por tiempo indefinido de nuevas elecciones.

Hasta ahora el gobierno resiste la acción de las tropas adictas al mariscal Pilsudski pero todo indica que tendrá que capitular.

Varsovia está en manos de los revolucionarios, y ya se sabe que conquistando la capital se conquista a todo el país.

Sobre la situación de Polonia frente a la tentativa de dictadura del mariscal Pilsudski, un correspondiente informa desde Berlín lo siguiente:

"Un telegrama particular recibido desde Varsovia indica que se está combatiendo todavía en las calles de la capital, produciéndose numerosas bajas. Los grupos que responden a Pilsudski tienen en su poder todos las ramas de la Administración, incluso el teléfono y el telegrafo en la propia Varsovia, pero queda por verse hasta qué punto los revolucionarios se hallan victoriosos en las provincias. Pilsudski realiza negociaciones con el presidente, pero se niega a tratar con los amigos de éste. Parece que Pilsudski exige el mando pleno del ejército, el retiro del nuevo gabinete y la restauración del régimen constitucional."

"Se carece de otras noticias directas. La legación polaca se niega a visar pasaportes, e indica que es probable que esté cerrada la frontera. La legación afirma haber tenido noticias, por la vía de Dantzig, que el orden ha quedado restablecido. Todas las líneas telefónicas con Varsovia se hallan interrumpidas. Los viajeros que llegan de la frontera polaca, son portadores de noticias según las cuales Pilsudski ha logrado poseer el palacio presidencial, procediendo a la detención de Wojciechowski, por sospechar que éste organizaba un ejército, que tendría como jefes a los generales Haller y Sikorski, para la reconquista del gobierno. Se calcula en 200 el número de muertos durante la lucha habida en las calles de Varsovia."

El resultado de esa lucha no beneficiará al proletariado polaco. Se trata de un pronunciamiento militar tendiente a otorgar todos los poderes al mariscal Pilsudski, adversario de la fracción política que detenta el poder. Y para definir ese pleito de ambiciones, el pueblo derrota su sangre generosa y sufrirá los horrores de una cruenta guerra civil.

EL MAS INDICADO!

Por intermedio de los diarios obreristas nos hemos venido a enterar que una chinche llamada Gastón Levski, ha sido delegado en el congreso de la Uta.

El referido delegado aparece en esas crónicas oponiéndose a que presencie las reuniones del congreso de la Uta, el reporter de cierto diario político. ¿Y sabéis qué aparece diciendo esa chinche? Dejamos la palabra al cronista que da la noticia:

"Levski. — Dice que no hay cuestión de orientación y si de moralidad, por lo que no debe aceptarse al cronista del órgano mencionado."

¿Y qué representa ese delegado en el congreso de la Uta? No podemos creer que represente a la moral, precisamente.

Pero si es así, ¿no puede hallarse mejor representada la moral? La moral al revés, se entiende.

Estímulo a la honestidad y a la consecuencia

Siempre ha sido difícil vivir a tono con lo que se piensa, cuando se piensa bien. Del dicho al hecho debió mediar ese gran trecho a que se refiere una muy vulgarizada expresión popular. Hay más aún: se aceptan ideas corrientes, por mero espíritu de con-

temporización con sus cultores, cuando esas ideas no difieren fundamentalmente de las tendencias tradicionales por las que se ha regido la vida de los hombres. De ahí que falte sinceridad política entre los elementos de partido, porque no los inspira ningún sentimiento superior y sólo giran en torno a los apetitos de los caudillos que comparten en general los electores, pues no todos sufren por el candidato de su predilección desinteresadamente y los que lo hacen sin recompensa previa o inmediata, se ven alentar la esperanza ilusoria de que, una vez insaculado y en funciones de gobierno, ha de velar por la prosperidad de sus intereses. Por eso se dice que en política no hay ideales: hay ambiciones.

No merecen, pues, el calificativo de ideas sino de hábitos sociales, esas triquiéncias que agitan los partidos políticos, y la inconsecuencia es norma de esos elementos, sin presión por parte de ellos ni sorpresa por parte de quienes contemplan sus cambios de opinión, en esa laberinto de pasiones subterráneas entre hombres de mentalidad fría y egoísmo desenfrenado. Pero los anarquistas, por lo mismo que agitan principios superiores, sin semejanza con ninguno de cuantos beligeran en el plano de las actividades políticas del hombre actual, han de establecer de hecho las naturales diferencias de procedimiento, emergentes de su manera de pensar, con la conducta corriente de los

demás individuos y grupos que no piensan nada, o sólo se entretienen en el culto de la rutina, que expresan las contiendas políticas y los dogmas morales predominantes. En interpretaciones sociales, deben sentar su divergencia con las normas de vida actuales en hechos concretos que impliquen frecuentemente el sacrificio del propio bienestar y la tranquilidad personal. Sólo a ese precio es posible ocupar una posición efectiva frente a las tendencias sin virtualidad transformadora que son patrimonio de todos los demás hombres y conglomerados políticos, sea cual fuere su matriz ideológica, ahora que los partidos se revisten de ideas, que en la práctica niegan con sus métodos y con sus vulgarismos finalidades. Comprendiéndose en acciones con la mayoría, identificada, en una conducta común, sin que la dividan al parecer criterios antagónicos, los anarquistas se negarían como tales y su función no excedería de la que desvuelven los elementos más deshonrados del politiquismo actual, predicando una cosa y practicando otra muy opuesta.

En general ese caso no ocurre. Si se nos priva del derecho a emitir nuestros conceptos, difundidos entre el pueblo sin ideas, es precisamente porque una conducta correcta y ejemplar los presiste, y resultamos más eficaces en nuestra lucha contra el orden, por lo que hacemos que por lo que predicamos. Bástanos establecer contacto con los profanos a nuestra identidad para convencerlos de que no somos fantásticos ni simuladores y vírmolos hasta donde podemos, y muchas veces más allá de lo humano, la moral que preganamos. Justifiquemos con el

ejemplo nuestra prédica cotidiana, imprimiendo a la conducta de los que nos interesan un sello particular, sorprendente, en que nunca había creído ni creen los que viven fuera de la realidad de los sentimientos naturales, extraviados por el artificio de la absurda moral corriente.

Es así como se forja nuestro proselitismo en aquellos medios menos indicados, por la lógica, materialista que los influye, para encarnar el sentimiento de la independencia y liberar el espíritu de la presión del pasado y de las preocupaciones del presente, con más tesón defendiendo por las clases conservadoras en virtud de la misma gravedad de su situación, amenazada como nunca de inevitable ruina. Aludimos al sindicato, cuya acción negativa como elemento revolucionario es bien notoria, tanto que donde los anarquistas depusieron sus principios para consagrarse esfuerzos, terminaron por traicionarse, perdiendo la acción de lo que fueran un día, para rendirse a discreción a las pequeñas aspiraciones de la masa bestializada por los apetitos, más excitados cuanto más cedía la burguesía a sus exigencias, presionada por la fuerza de los organismos obreros. La idea de la dictadura sindical, que tantos estragos causó en la mentalidad anarquista, no ha sido sugerida de otra manera. Los triunfadores de un instante, pensaron en hacerse dueños del mundo un día, no bien el capitalismo, rodeado de elementos de defensa hasta resultar inexpugnable, se sometiera a las exigencias de los que no disponían de otras armas para combatir que la paralización del esfuerzo, la inactividad productiva. No reparaban en que la burguesía está en condiciones de ceder siempre cuanto le sea exigido, mientras no se le niegue el derecho de apropiación y el usufructo de la riqueza elaborada por los que trabajan. En la mayor retribución de esfuerzos y en un trato superior en el orden de las relaciones con sus explotados, no vio jamás ningún peligro si se ha resistido asfóndicamente estos últimos tiempos a satisfacer las reclamaciones de sus subordinados a su sistema de monopolio, no ha vacilado un momento en otorgarles hasta más de lo que pedían, desde el parlamento, adelantándose, en muchos casos, a solventar necesidades que los proletarios no habían pensado aún en invocarse para solucionarlas, al modo que obtienen solución los problemas actuales, es decir, corrigidos sin exclusiones o creando otros más graves después de la aparente solución de los más latentes.

Fué así como la inconsecuencia anarquista contribuyó a fomentar una tendencia estúpida, hereditaria, por ende, fácil de prosperar entre el proletariado, que si ha de ser libre, necesita antes de nada emanciparse de las ficciones políticas que supone el principio de autoridad, tan exaltado desde un tiempo a esta parte en los medios revolucionarios del proletariado. Revolucionarios, a su modo, queremos decir, pues de un modo esa revolución es eminentemente política, si amenaza a más graves en funciones directivas, no destruye su sistema, como no lo ha destruido en Rusia, ya que para erigir un nuevo poder se requiere dejar en pie los fundamentos en que ha de descansar. Y éstos son la propiedad privada y el derecho de explotación sobre los que la cultivan.

Pero contra esas desviaciones prevalece un criterio interpretativo de nuestra filosofía, que difícilmente será desalojado del terreno de la acción cotidiana, y, además, los que lo combaten, no son anarquistas, o han dejado de serlo después de conquistados por las preocupaciones autoritarias. No son perniciosa, porque es dable combatirlos frente a frente y de potencia a potencia. Otra cosa ocurre con los malos interpretados de nuestra idealidad, los pasionales que se nos adhieren por odio mal explicado a las instituciones y a los hombres que las representan y aún los aventureros que se ligan a nosotros por el vínculo del interés, ahora que nuestro movimiento es vasto, rico y activo, sostenido, como es de presumir, a fuerza de dinero, según la capacidad y la buena voluntad de los proletarios que lo integran. Y donde el maléfico metal, hoy por hoy imprescindible aun para aquellos que, como los anarquistas, lo repudian profundamente por entenderlo signo de esclavitud de los trabajadores, se hace presente, siempre hay que nes lo ambicionan y se congregan a su torno para arrebatarlo.

No tenemos por qué ocultar que algunos de nuestros troianos internos han tenido por causa determinante el afán de dinero de sujetos viciados por nuestra excesiva confianza, que les ha permitido gozar de su anchas de los dineros de la colectividad, aportados noblemente, privándose del pan necesario, por los trabajadores para activar la situación de guerra. El procedimiento debía tenernos recios, cantos y previos, hasta llegar a un celo exagerado que perturba nuestras relaciones colectivas, y es preciso ponerle un límite razonable.

Pero en otros órdenes de la conducta de nuestros militantes, no influye menos el exceso de celo, justificado, naturalmente, en tantas decepciones experimentadas, mientras que por un focalismo casi fanático de

primamos valores individuales dignos de elogio y hasta tenemos ojeriza por los más inquietos, los más aptos y mejor conformados con las necesidades de la propaganda, adivinando en ellos tendencias absorbentes, dictatoriales, o puritos de jefatura, imposibles de ser sostenidos en los medios anarquistas, donde fresca más pronto el que más se esfuerza por imponer como personalidad intangible e indiscutible.

Es verdad que de todo eso hubo, y ha habido hasta que la razón de los hombres no sea iluminada por la luz de una más alta reflexión, haciéndolos dueños de sí mismos ante que víctimas de su propia vanidad tiránica, pero sería absurdo generalizar el concepto, atribuyendo a todos los que se desatan del conjunto y a los que sin desatarse realizan labor perseverante, dentro de la esfera de su capacidad, el mismo afán de exaltación y el más íntimo interés que determina las actividades de los deshechos. Es preciso hacer las debidas excepciones, reconociendo a cada cual sus valores morales y cedidos de buen grado, sin humillación por tal reconocimiento, ni claudicación de la dignidad del individuo anarquista, que no es adúltero ni servil, pero sí, capaz de descubrir méritos donde se manifiestan y estimularlos con su propia estimación por quienes los poseen. A no ser así, cómo convenir a los mejores intérpretes de nuestra filosofía, de que sus acciones son inútiles? Señalando por los frutos que de ella pueden derivarse? Advirtiéndose que eso no siempre se palpan como un resultado inmediato y no se infiere ningún principio moral dando al César lo que es del César.

Es tan funesto el fetichismo y la idolatría por los hombres de espíritu selecto, como la indiferencia despreciativa, que llega a provocar recordamientos en los bien intencionados, suponiéndoles objeto de desconfianzas sin fundamento y decididos, en demasiado casos, por actitudes en que jamás habían pensado.

Por esa causa se nos fueron no pocas voluntades, que pudieron ser conservadas a no prevalecer entre nosotros un criterio demasiado cerrado en cuanto a la estimación de valores personales.

UN ARTICULO DE ENCARGO

Sobre la cuestión de Siria

En un extenso artículo que publica el diario de la familia, un guacamayo francés habla de las cosas de Siria, y, naturalmente, trata de llevar el agua hacia el molino de Francia. De consiguiente, presenta el panorama sirio lo más desfavorablemente posible para los nativos de aquel país; la mayoría de los cuales, según él, son, o "agitadores políticos" o ambiciosos, que aspiran a establecer un gobierno nacional para medrar.

Agita de paso el referido guacamayo francés, el fantasma del islamismo que, dice, amenaza a Europa desde varios sectores y advierte a las potencias que deben prevenir su salida de Damasco, de la vida y el panorama sirio lo más desfavorablemente posible para los nativos de aquel país; la mayoría de los cuales, según él, son, o "agitadores políticos" o ambiciosos, que aspiran a establecer un gobierno nacional para medrar.

La que vamos a transcribir a continuación demuestra la condición del sujeto. En una entrevista con algunos de esos ambiciosos y agitadores mencionados, la que él haber celebrado hace poco y he aquí cómo se despedía el muy torero:

"Estos políticos y agitadores con quienes acabamos de conversar, no pronunciaron, según, estas frases significativas, que demuestran que son ellos los amos de la situación."

"Si quiere Francia que termine la insurrección siria, no es con el sultán Abd-Attrache con quien debe entrar en negociaciones. Es con nosotros, o, por lo menos con algunos de nuestros amigos, que actualmente están al lado del jefe de la sublevación, pero con los cuales podría conferenciar en el Cairo o en Jerusalén..."

"Desde el año pasado hemos organizado la lucha contra la potencia mandataria. Las torpezas cometidas por el general Sarrail en el Djebel nos sirvieron de pretexto. Aprovechamos la oportunidad. Pero está usted seguro de que, aun cuando no se hubiese producido, de todos modos hubiésemos procedido."

"Y por qué habéis hecho actuar a los drusos en lugar de hacerlo vosotros?"

"Porque son los únicos que saben hacer la guerra, y la hacen era gusto."

"Son mercenarios que vosotros subvencionáis?"

"Si queréis..."

Aquí trató el guacamayo en cuestión, aun con mucha habilidad, de casar dos pájaros de un solo tiro: responsabilizar a la población siria por causa de la guerra, al reducir, de rebote, la respuesta del verdugo Sarrail, que es lo que más le interesa al gobierno francés.

Y véase cómo termina su artículo de encargo este mercenario de la pluma:

"Si los drusos no son más que los instrumentos de los panislámicos levantados

contra Francia, como mañana lo estarán contra Inglaterra e Italia, y pasado mañana contra Rusia si esta reanuda su política de expansión hacia Constantinopla y los estrechos."

¡Aun persisten las potencias occidentales en combatir solapadamente en el Asia Menor, así como en el Africa del Norte, en favor de sostenerse una a otra."

¡La Media Luna venida quiere tener un desquite!"

¡No lo es, lectores, el tintineo de los francos con que se ha pagado este encargo?"

¡USHUAIA!

A nuestro poder ha llegado una carta de Ushuaia en la que se nos habla del prestigio de la situación de los penados y de las miserias e infamias sin cuento a que se halla sometida la población penal en el infierno fueguino.

Nuestro comedido informante nos dice, entre otras cosas, que *Lockwood* se halla recluido desde hace tiempo, con la ventura de la celda cerrada con la llave cuyo uso ya conocen los lectores, con la prohibición de tener libre a la celda sin poder usar ropa particular interior.

Esta es la dolorosa noticia que adelantamos, pues por falta de espacio dejamos para mañana el comentario de la carta.

(oo)

PATRIOTICAMENTE

Con motivo de los calotes perpetrados por la policía en la casa popular de ahorro de la provincia, se ordenó que se hiciera la cual ha descubierto — lo que ya habían descubierto otro, seguramente — que el directorio de dicha casa percibía, una emolumento superior a los que cobra cualquier obrero de los que fabrican leyes en la fábrica nacional.

Una infatuación que se publica en la fecha establece que uno de los gobiernos anteriores dictó un decreto fijando la cantidad de 3.600 pesos mensuales "para ser distribuida entre los miembros de la Junta de la Caja en proporción a su existencia". Pero se cambió el gobierno, vinieron otros políticos y se dieron los morrales de la baja a otros miembros de la Junta, "administración honesta", rebajaron a 3.600 pesos esos emolumentos.

Pero a poco andar los nuevos *patriotas* se manifiestan descontentos alegando que tal rebaja no les alcanzaba "para vivir honestamente". Y dejemos hablar a los descubridores.

El Ejecutivo anterior consideró legal el decreto de noviembre 15 de 1921. Lo dejó en vigencia hasta el 3 de noviembre de 1922 cuando, por el decreto 10.700, declaró que la "emisión mensual" para ser distribuido entre el presidente y los directores. Tal resolución produjo inmediatamente un aumento sensible en el monto de las emisiones. Así se llegó, en diciembre del año pasado, a emitir certificados por valor de 3.980.000 pesos. Ese mes el monto de las emisiones fue de 2.800 pesos, descompuestos así: 953.33 pesos al presidente y 4.966.66 a cada uno de los directores. Resulta, tan excesiva resulta esa remuneración que las cifras no necesitan mayor comentario. Pero si ese mes fue extraordinario, no por eso el promedio mensual resulta más equitativo. Las funciones burocráticas de los directores son pagadas con largueza singular. Para dar un muy leve, tomaremos las cifras de los últimos meses. Desde noviembre de 1925 hasta abril de este año se han sortado 24 emisiones — cuatro por mes — que suman, según datos oficiales, 12.150.000 pesos. El 1/2 por ciento de esa cantidad representa pesos 60.750. Resulta, así, un promedio, en los últimos seis meses, de 10.125 pesos a distribuir entre los directores, en la siguiente forma: 3.375 pesos al presidente y 1.687.50 a cada uno de los cuatro directores, no incluímos el monto de los gastos de administración.

Y si a esos caballos que deben ser honrados a carta cabal como cuadra a todo el personal ubicado en la administración de la renta pública, no le reviene al guien la mano, se hacen millonarios en el transcurso del presente año. Pues, como el negocio de las comisiones de lotería marcha a viento en popa — y en consecuencia, de siempre ganaban los premios eran ellos — hubiera aumentado aun más el monto de las emisiones y, en consecuencia, se habría duplicado el porcentaje a percibir.

Peró el patriotismo tiene tales exigencias. ¿Qué se le va hacer?

(oo)

DE TRIUNFO EN TRIUNFO

Los comunicados que sobre las operaciones en Marruecos envían diariamente los comandos español y francés, no pueden ser más optimistas. Las tropas aliadas marchan de triunfo en triunfo. Los rifeños casi ni se resisten al avance. Las cabalas enemigas se desmoronan y se someten en multitudes y que no se someten están completamente desmoralizadas.

Por su parte, Abd-el-Krim está más muerto que vivo, no sabe qué hacer en vista de la marcha triunfal de los ejércitos enemigos. A ratos se irrita y entonces hace fustilar a una buena tanda de los suyos en quienes sospecha traidores. Otros momentos cabala sobre su futura suerte y luego se dispone a escapar del Rif, temeroso de caer prisionero de sus enemigos.

¡Es tan avasallador el avance de los francos-españoles...

En fin, que, según los numerosos comunicados que se vienen publicando en estos días, si todo el Rif ha caído ya en poder de las potencias *protectoras*, es porque... las multitudes no han querido apostrofas todavía a qué país.

Pero numerosas veces se ha dado este mismo fenómeno, como recordará el que se haya interesado por la guerra de Marruecos. Los invasores han avanzado y ocupado nuevas posiciones, casi sin resistencia por parte de los rifeños. Pero ahora ha dado vuelta el viento y ha "llovido" para los invasores. Los que han tenido, como el ganado cuando un chaparrón frío, que el agua y huir con la cola entre las patas.

Más desviaciones

(Conclusión)

La anarquía es una idea filosófica en cuya realización se debe trabajar cuando se comprendió su justicia y su belleza, pero no hay que olvidar que esa realización es subordinada a la evolución humana, que lo es más que un porvenir, y que vivimos en la sociedad presente, entregados a amos que nos volverían pronto a la esclavitud si tal fuera su interés. No hemos salido de esa esclavitud más que gracias a que nuestros antepasados supieron, ayudados por los hechos y las circunstancias, imponer a sus amos mejoramientos progresivos en su suerte.

La conquista de hoy prepara la de mañana. Estamos en una sociedad en que — que creamos o no — debemos forzosamente adaptarnos si no queremos perecer.

Adaptarnos, no para sufrir pasivamente todos sus efectos, lo que sería achataamiento y abyección. Debemos resistir con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra inteligencia a lo que nos parece falso, opresivo, arbitrario, pero ya que somos demasiado pocos numerosos para transformar la sociedad, no se preciso luchar en puntos de detalles, si no queremos ser pasivos.

Y el obrero que no tiene más que su salario para vivir, que no puede vivir más que a condición de renunciar a todo lo que embellece la vida y aun restringiendo sus necesidades más inmediatas, está forzado, aun haya comprendido la belleza del ideal anarquista, a defender ese salario insuficiente contra la rapacidad patronal que quiere reducirlo e, impulsado por el aumento del costo de la vida que, para algunos, no espera el alza de los salarios a ponerse en huelga por un aumento, bien se sabe que ese mejoramiento no será más que temporal.

Todos los días la sociedad nos obliga a actos lógicos. Por lo demás, cuando se promueve un conflicto entre patronos y obreros, desahuciarían un triste papel el que, en un taller, se rehúsa a asociarse a las reclamaciones de sus camaradas en huelga bajo pretexto de que, partidario de la su presión del salario, no tiene nada que ver en una lucha por el aumento del salario.

El obrero, a parte de algunas excepciones no puede discutir ventajosamente de potencia a potencia, las condiciones de su explotación con sus patronos. Como no puede apretarse indefinidamente el cinto en espera de la supresión del salario, tiene que asociar sus fuerzas para conseguir en grupo lo que no puede alcanzar aisladamente. El grupo sindical es pues un grupo natural que se impone al obrero en la sociedad actual.

Una vez más, si los obreros hubiesen comprendido la lógica de las ideas anarquistas, no se agruparían por simples mejoramientos. Harían la revolución. Pero no habiendo comprendido que en tanto que no ataquen el principio mismo de la explotación, no harán más que cambiar de lugar, sus males, los sindicatos se presentan a nosotros con un programa anodino, que no es nuestro ideal, es lamentable, de acuerdo, pero nos es forzado aceptar lo que es más resultado de los hechos y de las circunstancias que de la voluntad de los individuos.

Los que han comprendido la futilidad de las reformas les corresponde ir a explicar la ineficacia de las soluciones que tratan de realizar.

Pero si no queremos legitimar el reproche que nos han hecho tan a menudo los reformistas y los individualistas a todo trance, es decir que no aportamos a los individuos más que promesas de felicidad para un porvenir más o menos lejano, más o menos incierto, en tanto que no podemos aportar a los trabajadores soluciones inmediatas, estaríamos en una mala postura al pedirles que sacrifiquen el estado presente bajo pretexto de preparar un porvenir mejor.

Es un punto que no sería discutible si la mayoría de los individuos fuesen capaces de razonar sanamente; pero los sofistas tienen aún hermosos días ante ellos.

Cualquiera que sean las restricciones que un anarquista pueda hacer al programa sindical, en tanto que obrero, al menos en tiempo de huelga, tiene que sindicarse y conformarse a las reglas del sindicato. Evidentemente no tiene que limitar su pensamiento a su programa estrecho, ni renunciar a propagar allí sus ideas. Pero el error que los anarquistas es declarar imposible la propaganda en los sindicatos, cuando después de algunas tentativas, no consiguen hacer predominar su modo de ver.

La misión del anarquista en el sindicato existe tal. Si debe aprovecharse de cada ocasión favorable para desarrollar en él sus concepciones, no por eso debe hacer obstrucción, ni desalentarse cuando no puede hacer predominar su modo de ver.

Sobre todo deberá guardarse de aceptar funciones, porque esas funciones le obligan más de una vez a obrar contra sus propias ideas o contra las ideas de sus manda-

rios, lo que tendría un efecto deplorable. Esclavo de su credencial, estaría allí el comienzo de su apostasía. ¿Cuántos anarquistas se han dejado atrapar así y ¿cuántos más sindicalistas que el sindicalismo, son los más feroces adversarios de la intervención de los anarquistas en los sindicatos?

El anarquista que, por ejemplo, siempre que se haya tomado una medida destinada a un sindicato, sacar la crítica justa, predecir los malos resultados, sin hacer obstrucción, no tardará en ser escuchado.

Pero para eso no tendría que ser impaciente, arriar las velas porque no se le ha ya creído sobre su palabra y creer que todo está perdido porque el grupo se atenga a las resoluciones combatidas.

La misión de los anarquistas es hacer oír en todas partes verdades que, si bien la ocasión se presente. ¿Qué importa que el comienzo no sea la creta sobre sus palabras? No podemos esperar que las multitudes sean arrojadas de repente por el ideal de la verdad. Cuantos millones de veces hay que repetir una verdad antes de que sea aceptada, pero cuanto los hechos nos dan razón, estaremos próximos a ser comprendidos.

Tendremos hacia el porvenir, pero somos prisioneros del presente. Aun trabajando por la supresión del salario nos es preciso en más de una ocasión cooperar en la defensa de los salarios de hambre que se nos quiere dar, tratar de mejorarlos cuando se presente la ocasión. Son los anarquistas los que tienen una visión más clara de las cosas para hacer comprender a sus camaradas de miseria que ese aumento buscado, esa disminución de la duración de la jornada de trabajo, no son objetivos finales, sino mejoras transitorias, un paso práctico para pedir más, para ir más lejos.

Luchar para mejorar su situación presente es, en tanto que obreros, nuestro interés inmediato, y no es más que participando en la lucha inmediata de los trabajadores contra la rapacidad patronal que llegaremos a hacer comprender a los principales que es el salario el que consagra su explotación condicional, que es por su supresión lo que deben luchar y a lo cual deben subordinar sus esfuerzos.

Digan lo que quieran los sindicalistas, es esa idea aunque comienza a surgir en los sindicatos que tienen alguna actividad, la que les da la fuerza para resistir. Los grandes efectivos en la caja del sindicalismo es más bien un peso muerto que útil elemento de fuerza.

¿Los sindicatos no son anarquistas? La mayoría de sus adherentes piensan así. Es verdad, por desgracia, pero si todo el mundo fuese anarquista no tendríamos ya que discutir sobre los medios de derribar el estado social actual. Debería haber caído ya. Como no lo hemos aún, nos es forzoso buscar los medios para llevar a los refractarios a la comprensión de las ideas que proponemos. Tratados de enemigos no sería el mejor modo de probarles nuestra simpatía.

JUAN GRAVE.

LA F. O. R. A. Y LA JORNADA DE 6 HORAS

Hay una opinión que aboga por la realización de un congreso de la F. O. R. A. Séame permitido expresar que disiento de tal criterio, por las razones que a continuación exponeré.

En principio, no niego la eficacia que reporta a nuestro movimiento las materializaciones periódicas de las reuniones de esta índole. Pero, en la actualidad, no veo por ninguna parte la imperiosa necesidad que lo reclama. Lo desahuciaríamos, es sencillamente, que no se eche en olvido una resolución de importancia que se tomara en septiembre de 1906, por las organizaciones de la F. O. Regional Argentina y que está expresada de la siguiente manera: "El 6º. Congreso de la A. Internacional de los Trabajadores, efectuada en Amsterdam, en marzo de 1925, la delegación de la F. O. R. A. propuso se tratara esta cuestión y que, en consecuencia, la A. I. de los T. tomase un acuerdo. Recordamos cómo los delegados de la F. O. R. A. defendían ardientemente esta proposición, abollada con números y ejemplos claros y vívidos. Entre ellos se mencionaba el hecho de la Sociedad de O. Pinto res de Tucumán que, con la fuerza de la organización, impuso, por espacio de un año casi, la jornada de siete horas diarias de labor."

Hasta hoy tenemos conocimiento que la única organización que se hizo eco de la proposición de la F. O. R. A. en el seno de la A. I. T., es la Confederación G. de Trabajadores de México. Aquí, en la Argentina, muy poco se ha hecho en este sentido, excepto algunos artículos y una que otra conferencia. Entiendo que no puede haber inteligencia de parte de la organización más desatendida, para realizar una imponente campaña en pro de esta tan señalada conquista. No se ha columbrado la magnitud de este movimiento, razón por la cual se le relega en los mismos planos de las

